

---

## 1. Invernaderos

El investigador que había contratado resultó ser un hombre joven, muy alto y muy flaco, con una cabeza demasiado pequeña para el físico que gastaba, y una nuez de Adán del tamaño de una pelota de golf. Llevaba unas gafas con montura al aire cuyas lentes eran poco menos que invisibles, dando el brillo del vidrio un lustre adicional a sus ojos grandes, redondos, ligeramente saltones, negros. De la barbilla le brotaba un espolón de barba rubia, y tenía la frente despejada y abovedada, llena aún de rastros de acné. Tenía las manos esbeltas y pálidas, nacaradas, los dedos largos y finos: manos de chica, o al menos las manos que una chica debiera tener. Pese a estar sentado, el tiro de los pantalones vaqueros, muy abolsados, le caía casi hasta las rodillas. En la camiseta, no demasiado limpia, ostentaba una leyenda: «La vida es un asco y al final te mueres». Parecía que tuviera diecisiete años, aunque debía de tener, calculó John Glass, más bien veintimuchos. Con el cuello largo, la cabeza pequeña, los ojos grandes y relucientes, le notó un acusado parecido con uno de los roedores más exóticos, aunque por el momento Glass no acertó a precisar cuál podía ser.

Se llamaba Dylan Riley. Naturalmente, pensó Glass: tenía que ser un Dylan.

—Total —dijo Riley—, que resulta que estás casado con la hija del Gran Bill.

Se había acomodado en un sillón giratorio, de cuero negro, en el despacho que tenía prestado Glass en la fachada norte de la Torre Mulholland. A su espalda, a través de una pared acristalada, la grisura de Manhattan se enfurruñaba vaporosa bajo la llovizna inconstante de abril.

—¿Y eso te hace gracia? —preguntó Glass. Sentía un instintivo desagrado ante cualquiera que llevase una camiseta con una inscripción en la que se le diese de listillo.

Dylan Riley torció el gesto.

—No, no me hace gracia. Pero me sorprende. Nunca hubiera dicho yo que eras uno de los hombres del Gran Bill.

Glass prefirió dejarlo pasar. Había empezado a respirar trabajosamente por las ventanas nasales, *sss-sss, sss-sss*, lo cual siempre era una señal de aviso.

—El señor Mulholland —aclaró Glass con demasiada vehemencia— está deseoso de que tenga yo a mi disposición toda la historia, y de que me llegue además como me tiene que llegar.

Riley esbozó su sonrisa de memo, con dientes de conejo, y giró el sillón hasta quedar de costado, y luego del otro lado, asintiendo como si fuese feliz.

—Toda la historia —dijo—. Claro, es lo natural —parecía que lo estuviera pasando en grande.

—Sí, eso es —dijo Glass con énfasis impertrurbable—. Toda la historia. Por eso te quiero contratar.

En una esquina del despacho había una mesa grande, de metal, a la que se dirigió Glass para tomar asiento tras ella. Al sentarse notó que el pánico que había sentido no era para tanto. El despacho se encontraba en la planta 39. Era absurdo suponer que se pudiera llevar a cabo un negocio, hacer absolutamente nada a semejante altura. El primer día que pasó allí se arrimó a la pared de cristal y se asomó para ver, dos plantas más abajo, unas nubes blancas y esponjosas que le parecieron témpanos de hielo inconsistente que navegasen sin rumbo, en calma absoluta, sobre una ciudad sumergida. Colocó las manos con las palmas sobre la mesa, delante de él, como si la mesa fuese una balsa que él tratara de mantener firme, y no a la inversa. Tenía auténtica necesidad de prender un cigarrillo.

Dylan Riley había vuelto a girar el sillón, de modo que se encontraba de frente a la mesa. Glass tuvo la certeza de que el joven era capaz de percibir lo aturdido y mareado que se encontraba él, allí encarado en aquella aguilera de cristal y acero.

—De todos modos... —dijo Glass, y trazó con la mano derecha un amplio arco sobre la superficie de la mesa, como si quisiera apartar la cuestión, y el gesto le hizo pensar en Richard Nixon, en el presidente al que tan sudoroso se vio en directo, en el telediario de la noche, tantos años antes, insistiendo en que no era un sinvergüenza. La iluminación de aquel plató de televisión era tan cruda, en aquellos tiempos de paranoia y perpetua recriminación, que bastaba para que todo el que compareciera ante la cámara remedase un

villano de una antigua película en Eastmancolor—. De todos modos... creo que debería decirte —añadió— que el señor Mulholland no te prestará ninguna ayuda. Y no quiero que se te ocurra ni por asomo abordarlo a él para recabar información. No le llames, no le escribas. ¿Entendido?

Riley esbozó una sonrisilla de suficiencia, que le dio un aire aún más parecido a... ¿a qué podía ser? ¿Una ardilla? No, pero casi. No, no era eso.

—No le habrás dicho nada, ¿verdad? —dijo Riley—. Quiero decir, no le habrás dicho nada de mí, espero...

Glass no hizo ningún caso.

—No te estoy pidiendo que te pongas a escarbar en la mierda —dijo—. No cuento con que el señor Mulholland guarde celosamente secretos y culpas. Era un agente secreto, desde luego, pero no ha sido un granuja, lo digo por si acaso se te ha ocurrido pensar que lo fuera.

—No —dijo Riley—. A fin de cuentas, se trata de tu suegro, claro.

Glass volvía a respirar trabajosamente, jadeando.

—Eso es algo de lo que me gustaría que te olvidaras cuanto antes —dijo—... si es que vas a llevar a cabo alguna de tus investigaciones —volvió a recostarse en el sillón y estudió al joven—. ¿Cómo piensas proceder? Me refiero a tus investigaciones, claro está...

Riley entrelazó unos dedos largos y pálidos sobre la concavidad del abdomen, y esta vez se mecía ligeramente sobre el sillón giratorio, con lo que el me-

canismo de bola del respaldo emitió un chirrido inapreciable, *iik, iik*.

—Bueno —dijo Riley con su sonrisilla—, pues digamos que voy bastante más allá de donde llega la Wikipedia.

—Claro que recurrirás... a los ordenadores y todo eso, digo yo... —Glass ni siquiera era dueño de un teléfono móvil.

—Ah, claro. Los ordenadores, cómo no —dijo Riley, y abrió más los ojos, con lo que se le pusieron desmesurados, más redondos y más grandes de lo que ya los tenía—. Y toda clase de aparatejos de magia, tantos y tan sofisticados que no creo que ni siquiera te los puedas imaginar.

Glass se preguntó si acaso hablaba con un ligero acento británico. ¿O tal vez había pensado Riley que él era inglés? De cualquier modo, tanto daba.

Imaginó que encendía un cigarrillo: vio prender la cerilla, notó el delicioso y penetrante gusto sulfúrico, la aspereza del humo que le arañaría entonces la garganta.

—Hay una cosa que quiero preguntarte —dijo Riley, y adelantó su cabeza de alcornoque, casi enana, sobre el tallo que tenía por cuello—. ¿Por qué has accedido a hacer esto?

—¿A hacer qué?

—Escribir la biografía del Gran Bill.

—No creo que eso sea asunto tuyo —dijo Glass tajantemente. Miró por la cristalera la neblina, la lluvia. Se había mudado de Dublín a Nueva York tan sólo seis meses antes con la idea de quedarse por

tiempo indefinido; tenía un apartamento en Central Park West y una casa en Long Island, o más bien era su esposa quien tenía ambas propiedades; sin embargo, aún no había logrado acostumbrarse a lo que en su fuero interno consideraba la «burla neoyorquina». El que tiene un puesto en la esquina y que vende perritos calientes te dice «gracias, tío», y se las ingenia para que algo tan sencillo suene alegremente despectivo. ¿Cómo lograban ajustarse las cuentas los unos con los otros de una forma tan peculiar, siempre socarrona, en el fondo discutidora, y siempre igual?

—Dime —dijo— qué es lo que sabes del señor Mulholland.

—¿Quieres que te lo diga por la cara? —Riley volvió a esbozar su sonrisa de suficiencia, y entonces se recostó en el sillón y miró al techo a la vez que se acariciaba los pelos de la perilla—. William Mulholland, apodado «el Gran Bill». Irlandés del sur de Boston, de segunda generación. El padre se dio el piro cuando el pequeño Willie era un crío, la madre se dedicó a trabajar de lavandera y de fregona. En el colegio, William no dejó de sacar sobresalientes, impresionó a los curas, fue monaguillo, lo de costumbre. Pero era un chico duro de pelar, eso sí: cualquier cura pedófilo que se hubiera acercado a Bill Mulholland habría terminado castrado y sin tiempo de darse cuenta. Entró en la universidad, en Boston College. Estudió ingeniería. Cuando aún estudiaba lo reclutó la CIA, pasó a ser un agente operativo y entró en funcionamiento a finales de los años cuarenta. Su especialidad era la vigilancia electrónica. Corea, Latinoaméri-

ca, Europa, Vietnam. Tuvo entonces un encontronazo con James Jesus Angleton, nada menos, debido a la obsesiva desconfianza de los franceses con que manio-  
braba Angleton en todo. El Gran Bill se encontraba entonces asignado a la oficina de la Compañía en París. En aquellos tiempos nadie podía permitirse el lujo de contrariar —otra vez el patético intento por imitar un acento británico— a James Jesus sin que le segasen la hierba bajo los pies o le pasaran cosas peores, que es lo que le habría ocurrido a Bill Mulholland, seguro, si no se hubiese largado antes de que Angleton le diera puerta o, ya digo, le pasaran cosas peores. Aquello fue a finales de los sesenta —se levantó del sillón desplegándose por partes, como si fuese una regla de carpintero, y se acercó a la cristalera para plantarse allí a mirar al exterior con las manos hincadas en los bolsillos traseros del pantalón—. Tras dejar la Compañía —siguió diciendo—, el Gran Bill entró en el negocio de las comunicaciones, entonces floreciente, y dio a su formación de agente secreto un buen uso cuando montó Mulholland Cable y empezó a ganar sobre la marcha dinero a mansalva. Hasta veinte años después no tuvo que reclamar los servicios de su protegido, Charlie Varriker, para que salvase la empresa de la quiebra inminente —hizo una pausa y siguió hablando sin volverse—. Supongo que estarás al corriente de las aventuras matrimoniales del Gran Bill, claro... En 1949 se casó con la pelirroja más famosa del mundo en aquel entonces. Vanessa Lane, actriz de Hollywood, si es que se le puede llamar así. Y en 1949 se disolvió debidamente el matrimonio... —en ese momento sí se vol-

vió a sonreír a Glass por encima del hombro—. No me digas que no es descabellado esto del amor...

Volvió a contemplar la ciudad brumosa y guardó silencio unos instantes, como si estuviera pensando.

—No sé si te das cuenta —dijo—, pero es un cliché. Es un caso típico de la CIA. Como no hay dos. Lo es hasta tal punto que me pregunto si no será una invención de la CIA. Fíjate en su siguiente matrimonio. En el año 58 se casó con Claire Thorpington Eliot, de los Eliot de Boston. Caramba, para Billy el Niño, el de Brewster Street, eso sí que fue subir de un salto unos cuantos peldaños y aterrizar en la cúspide del escalafón social. No tiene más que una hija, eso ya lo sabes: Louise, producto de su unión con la segunda señora Mulholland. La señora Claire, que es como se conocía a esa gran dama de la alta sociedad, murió en un accidente de caza: un caballo que rehúsa, y ella se parte la nuca en el acto, en abril de 1961, en la víspera, qué cosas quiere a veces el dichoso destino, de la invasión de playa Girón, más conocida como bahía de Cochinos, una aventura en la que el Gran Bill estaba metido hasta las cejas. El apenado viudo tuvo que regresar de la costa de Florida para encontrarse con que los Eliot ya habían resuelto sacar a toda prisa sus pertenencias, incluida su hija, de dos años entonces, de la gran mansión familiar, en Back Bay.

Se dio la vuelta y echó a andar hasta el sillón, sobre el que se dejó caer a plomo, antes de volver los ojos al techo.

—Lo siguiente, según he sabido —dijo—, es que el Gran Bill se casó una vez más. Con Nancy Ha-

rison, escritora, periodista y copia calcada de Martha Gellhorn, con la que se fue a vivir a una finca estu-  
penda en el condado no-sé-qué en la costa oeste de  
Irlanda, a tiro no sé si de piedra, pero sí de estatuilla  
de Oscar, de donde vivía su viejo amigo y compañe-  
ro de copas, John Huston. Una época dorada, al me-  
nos según se puede deducir, aunque a la fuerza tenía  
que terminar, como suele suceder. Nancy, la rubia, no  
aguantó más la lluvia incesante, ni aguantó a los luga-  
reños, unos incultos, así que recogió su Remington y  
salió volando hacia climas más soleados: Ibiza, Clifford  
Irving, Orson Welles y todo eso —calló y bajó del te-  
cho la mirada de ojos vítreos para clavarla en Glass—.  
Si quieres que te cuente más, tengo más que contar.  
Y eso que aún no me he parado a mirar en la bola de  
cristal de mi portátil.

—¿Qué has hecho? —dijo Glass—. ¿Ensayar-  
te todo ese rollo antes de venir a verme?

Algo nítido y repentino apareció en la mirada  
del joven, algo cortante, resentido.

—Tengo memoria fotográfica.

—Seguro que eso es muy útil en tu oficio —dijo  
Glass.

—Pues sí.

Se había enfurruñado, Glass se dio cuenta. Su  
valía profesional acababa de quedar en entredicho. Era  
buena cosa saber por qué flanco resultaba vulnerable.

Glass se puso en pie, apoyando un dedo sobre  
la mesa para mantener bien el equilibrio. Se lanzó a  
cruzar con cautela la estancia. A cada paso que dab a,  
tenía la sensación de que estaba a punto de caerse; la

poderosa impresión de que se escoraba peligrosa, irremisiblemente, hacia la pared acristalada, hacia la nada que inducía al abismo, al otro lado del cristal. ¿Llegaría alguna vez a acostumbrarse a aquella torre envuelta entre las nubes?

—Me hago cargo —dijo— de que he escogido a la persona indicada. Y es que lo que yo quiero son los detalles, es decir, esas cosas que no voy a tener tiempo de averiguar ni de verificar por mis propios medios. Ni tiempo ni ganas, la verdad.

—No —dijo Riley desde las honduras de cuero que formaban los pliegues del sillón, todavía molesto—. Los detalles nunca han sido tu punto fuerte, ¿verdad?

Lo que sorprendió a Glass no fue tanto el insulto implícito, sino más bien el tiempo verbal en que lo había envuelto. ¿Sería esa misma la manera de ver las cosas que tuviese todo el mundo, es decir, que al acceder a escribir la biografía de su suegro había tirado por la borda su vocación de periodista? En tal caso, todo el mundo estaba en un error, aun cuando más bien fuese, de nuevo, mera cuestión de tiempos verbales. Y es que había renunciado al periodismo antes incluso de que el Gran Bill lo abordase para plantearle una oferta que habría sido estúpido rechazar. Sus reportajes sobre Irlanda del Norte durante la época de los disturbios, sobre la masacre de la plaza de Tiananmen, sobre el genocidio de Ruanda, sobre la Intifada, sobre aquella sangrienta tarde de domingo en Srebrenica, que no fueron en realidad reportajes auténticos, sino más bien jeremiadas escritas con una elevada dosis de pasión... eran cosa del pasado.

Había acabado algo en su ser, se había apagado una luz sin que él llegara a saber el porqué. Así de sencillo: estaba quemado. Aquello era historia antigua, un cliché con patas. «Quiero que seas tú quien escriba este libro, hijo —le había dicho el Gran Bill, y le puso la mano afectuosamente en el hombro—. No sólo porque confío en ti, sino porque también hay otros que en ti confían. No quiero una hagiografía; no me la merezco, no soy un santo. Lo que quiero es que se cuente la verdad». Y Glass pensó entonces: ah, la verdad.

—Esto no te será fácil —dijo al joven que permanecía arrellanado en el sillón en forma de concha.

—¿Cómo así?

—No quiero que el señor Mulholland llegue a tener conocimiento de tu existencia y sepa lo que estás haciendo. ¿Lo has entendido?

Se dio la vuelta con demasiada rapidez, con lo cual tuvo un ligero mareo, y miró a Dylan Riley con gesto que, confió, transmitiera dureza. Pero Riley se encontraba de nuevo mirando al techo a la vez que se mordía la uña del meñique, y quizás ni siquiera le hubiera escuchado.

—En eso consiste mi trabajo —dijo Riley—; se trata de ser discreto. De todos modos, te quedarías pasmado si supieras qué cantidad de información existe ya archivada. Cuántos detalles, como dices tú. Sólo hace falta saber dónde buscarlos.

Glass tuvo de pronto unas intensas ganas de librarse de aquel tipo.

—¿Quieres que se te prepare un contrato tipo?  
—le preguntó con brusquedad.

—¿Un contrato? Yo no firmo contratos —Riley sonrió tímidamente—. Me fío de ti.

—Vaya, no me digas. Nunca hubiera dicho que te fiaras de nadie, sobre todo teniendo en cuenta la naturaleza de tu trabajo.

Riley se levantó del sillón y se acomodó la entrepierna de los vaqueros caídos, recogidoselos con ambas manos. La verdad es que era una persona nada apetecible.

—¿La naturaleza de mi trabajo? —dijo—. Soy un investigador, eso es todo.

—Sí, pero también sabes dónde encontrar las cosas, y seguro que algunas veces las cosas que encuentres no serán del gusto de quien te haya contratado, por escrito o no, y para qué hablar de las personas a las que pretenden que investigues.

Riley le dedicó una mirada larga y penetrante, ladeando un tanto la cabeza y entornando los ojos.

—Acabas de decir que el Gran Bill no guarda secretos ni culpas.

—He dicho que no cuento con que los tenga.

—Pues mucho me temo que voy a tener que decirte, con todas las letras si hace falta, que todo el mundo guarda sus secretos, y sobre todo guarda sus culpas.

Glass se volvió hacia la puerta, llevándose consigo al joven.

—Quiero que te pongas a trabajar de inmediato —dijo de manera concluyente—. ¿Cuándo puedo contar con recibir alguna noticia tuya?

—Tengo que ponerme a pensar en ello, tengo que organizarme bien, ver qué prioridades tenemos. Ya hablaremos a su debido tiempo.

Glass ya tenía la puerta abierta. El aire estancado del pasillo olía ligeramente a goma quemada.

—También tengo que ponerme a pensar en ti... un poco más a fondo —dijo Riley con una carcajada repentina y amarga—. Hace tiempo me gustaba leer tus cosas, ¿sabes? Lo que publicabas en el *Guardian*, en *Rolling Stone*, en la *New York Review*. Y ahora resulta que te has puesto a escribir la vida del Gran Bill Mulholland —infló los carrillos y expulsó el aire con un ruidito explosivo—. Caramba, qué cosas hay que ver —dijo, y se dio la vuelta.

Glass cerró la puerta y se dirigió a su mesa. Cuando la alcanzó, como si obedeciese a una señal, sonó el teléfono.

—Llamo de Seguridad, señor Glass. Ha llegado su señora.

Durante un instante Glass no dijo nada. Tocó el sillón que había ocupado Dylan Riley, y que volvió a emitir su nimia, inapreciable protesta: *iik, iik*. El joven había dejado un olor muy nítido en el aire, un rastro grisáceo, fétido.

¡Un lémur! Ése era el animal al que le había recordado Dylan Riley. Claro que sí. Un lémur.

—Dígale que suba —dijo John Glass.